

*Fragmento de novela:*

# La noche que murió Freud

David Martín del Campo

*Narrador y periodista, David Martín del Campo es ante todo un novelista de cepa. Obras como Isla de Lobos, Dama de noche y Las viudas de Blanco nos muestran a un autor que ha descubierto un universo propio. A continuación ofrecemos a nuestros lectores un adelanto de la novela La noche que murió Freud, de próxima aparición en Ediciones B, pleno de humor e ironía.*

—Tener madre o no tenerla; ésa es la cuestión en México, ¿verdad, doctor?

El analista abandona sus anotaciones. Tomás Escudero es un paciente de rutina. A los sesenta años todo es inercia ya y no hay modo de remediar un caso de *outcast*. “Manías seniles”, “obsesión fáctica”, lee el doctor Haza en el expediente recién abierto. “Depresión recurrente”. Árbol que crece torcido...

—¿Eso piensa usted?

—Ya lo habíamos conversado, doctor, ¿no se acuerda? Aquella vez hablamos de la Malinche Sempiterna y el don Juan-Hernán Cortés violador y padre ausente que nos persigue en la historia patria del mestizaje. ¿Recuerda usted? Yo he nacido dos veces, doctor. Cuando mi santa madre me trajo al mundo, y otra vez en 1982, cuando la nacionalización bancaria. La verdad es que soy como un resucitado. En aquel año, cuando López Portillo nos aventó la nacionalización, sentí que moría. Que moríamos. Y eso que yo era apenas subdirector del banco. Don Carlos Larragáin, sin que se hiciera público, él sí sufrió un infarto pero pidió ser atendido en una ambulancia, no pisar el sanatorio. Que no se supiera, que todo quedara en privado y si iba a morir que muriera en la ambulancia que estuvo estacionada una semana en el

jardín de su casa. Que muriera en la Cruz Roja o la Verde, como Jesucristo, bromeaba él. “Al fin que lo que ha pretendido el gobierno es simple y llanamente crucificarlos”. Y ya ve. El gobierno le arrebató su banco, que tenía más de cien sucursales, y las pagó a precio. A los subdirectores, que también fuimos liquidados, nos pasaron igualmente a la guillotina de modo que a los cuarenta y siete años éste su servidor era el jubilado más joven del país. ¿Cómo la ve?

—Yo no veo nada. Yo escucho, licenciado Escudero. Yo escucho.

—Mi problema sigue siendo el interés, doctor. Es decir, el desinterés. Aunque no siempre ha sido así. La verdad es que en aquel año quedé como muerto. Digo, desde la nacionalización bancaria que no logro tener *interés verdadero* por nada, doctor. Casi nada. ¿Qué me aconseja?

—Ésa no es nuestra función... pero, ¿no ha probado con un acuario? ¿Cultivar peces tropicales? Usted volverá a ser Dios, por lo menos para ese pequeño cosmos sumergido.

Tomás Escudero esboza una sonrisa, entorna los ojos, ¿lo dice en serio? Se ha imaginado con su sombrero blanco y una escafandra de plástico, glú-glú-glú, dando al-

piste a los peces igual que si palomas en el parque.

—Ya tuve un perro, sólo que al divorciarme mi mujer se lo llevó. Es decir; mi ex. Para fastidiarme, supongo.

—El club de los divorciados. Bienvenido.

—El problema son las rutinas, doctor. Inventarnos rutinas y cumplir con ellas en espera de que nos nazca el *verdadero interés*. ¿Para qué agregar una docena de pescaditos a mi agenda? Ni que estuviera de a tiro de mente, doctor. Como los niños mongólicos, reavivados con granjas de conejitos y borregos.

Torch se incomoda en el sillón a un paso de su paciente. Está a punto de aclararse la garganta pero lo deja continuar. “Que fluya”, se dice, porque ése es el verbo. Fluir, escurrir, vaciarse.

—En el banco llevaba el departamento de crédito industrial. ¿Se lo había contado? Había momentos en que uno se creía, en verdad, como partícipe del desarrollo nacional. Había un proyecto en Cajeme, Sonora, donde unos ejidatarios pretendían montar una planta industrializadora de harina de soya; pero nunca lograban tener crédito por las mil y una deficiencias que padecen las organizaciones campesinas. Un proyecto hermoso: mil setecientas hectáreas dedicadas al procesamiento industrial del frijol de soya. A veces me sueño con ellos, que me extienden sus sombreros volteados conminándome a que se los llene de dinero: “Pero de dónde, de dónde; todo se lo llevó Diómedes”, les digo en el sueño. Diómedes era un amigo de la infancia. ¿Tendrá que ver el psicoanálisis con esto, doctor? ¿Qué hubiera dicho don Sigmundo de mis sueños con los campesinos de Cajeme?

—*Freud* ha muerto, licenciado Escudero. Es la primera mala noticia.

—Las rutinas, doctor. Cumplir las rutinas con buena cara y luego, bueno... Se lo decía la semana pasada. Despierto y me he prohibido permanecer un minuto más en la cama por más deliciosa que sea la duermeverla. Hago unos minutos de calistenia con música de los Rolling Stones, leo el periódico desayunando, reviso mi agenda, a veces me cito a comer con algún amigo a pesar de que me quedé sin amigos al salir del banco, voy al club de golf los jueves temprano, hago doce hoyos con quien encuentre, principalmente con mi *caddy*, Sebastián López. Le pago cincuenta pesos y cien si me logra ganar. O reviso mi Austin Morris, que siempre tiene algún detalle.

—¿Austin Morris?

—Mi primer coche, doctor. Lo compré en 1963 y lo conservo lo mejor que puedo. Un domingo al mes lo saco a dar la vuelta, y aunque tiene carburador Nissan, a cada rato me andan parando los coleccionistas. Que si se los vendo, que cuánto pido por él y yo, “no, no, no gracias. No está en venta... esperen a que me muera”, je je. Y es que el cochecito anda, que es lo importante en

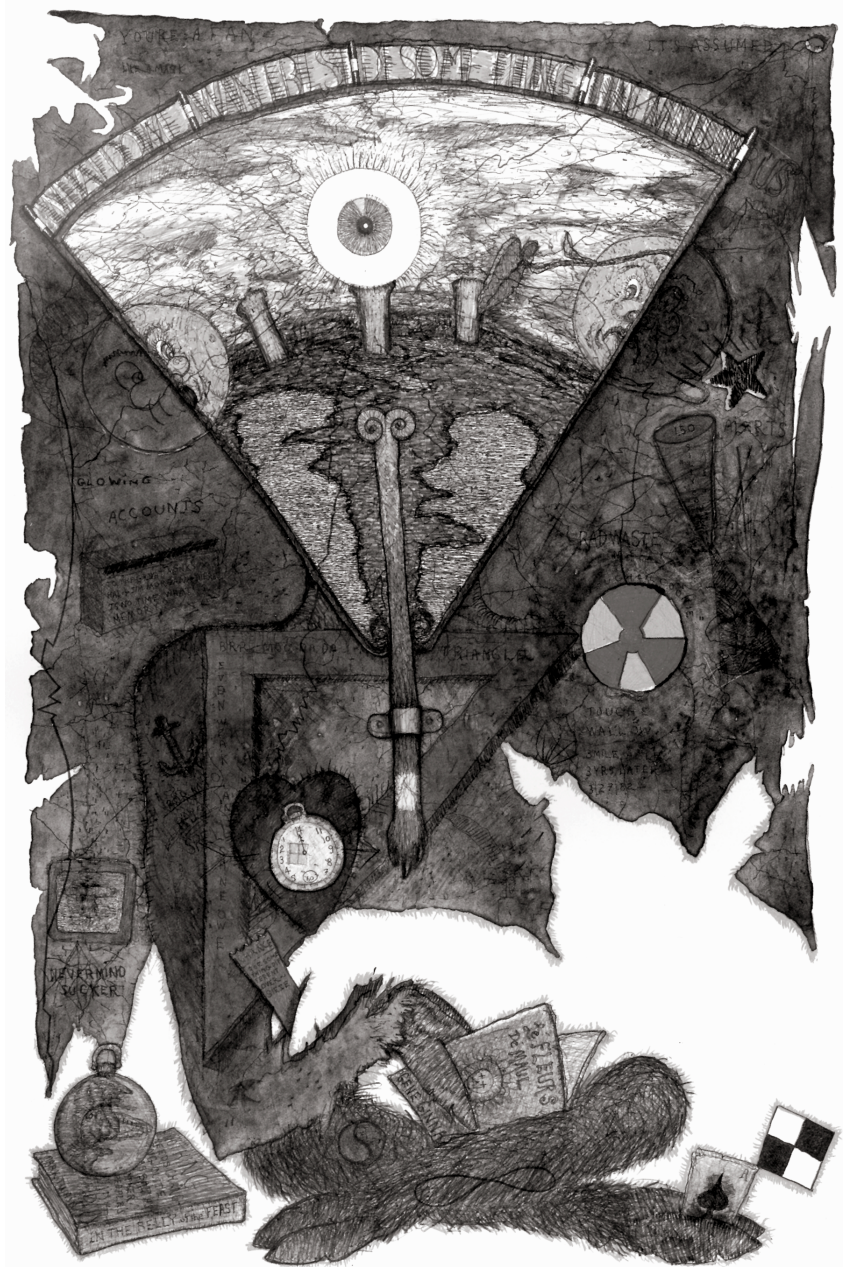
la vida: Andar con cierto garbo y que los demás se vayan al carajo... ¿no cree usted?

—Es una opinión respetable.

—Los sábados temprano voy al club de tiro en la carretera a Cuernavaca; una vez saqué diploma de séptimo lugar... éramos doce los concursantes. Y cada noche, sea lo que sea, veo una película distinta. Tengo un televisor grande, de sesenta pulgadas, como la ventana ésa a sus espaldas, y tengo más de quinientas películas en casete VHS de modo que cada noche puedo reencontrarme con mis novias de juventud... Sophia Loren, Kim Novak, Gina Lollobrigida. Me baño dos veces al día, una en la ducha y otra en la tina...

—¿La tina!

El doctor Haza lamenta el rayón de su pluma en la hoja del expediente. Un jeroglífico incomprensible, un garabato, un signo sin significado, igual que esa jornada bizarra bautizada por la llovizna. ¿Se estaba durmiendo? Fue un lapsus de horror; el momento en que



William T. Wiley, *Three Mile Island Three Years Later*, 1983

se imaginó nadando en una piscina de agua negra, como tinta.

—Sí, doctor; ¿algún problema?

—No, perdone usted. ¿Quiere continuar?

—Antes del baño meriendo con mi madre. Todas, casi todas las noches. Su casa está a tres cuerdas de la mía, de modo que soy, y ahora lo estará usted anotando, algo así como un “viejo edípico sublimado”. ¿Qué opina usted?

—No tengo opinión, licenciado.

—Pero... ¿qué hago, pues?

—Mire. Debería comprarse un acuario. Un perro.

—Un perro.

—Interésese por los seres vivos, no por las cosas.

—Mi madre tiene perro, pero lo tiene muy descuidado. Han pasado hasta dos días sin que le dé de comer. Su pobre perro, que se llama *Cloud*, “Nube” en inglés. Tiene ochenta y siete años, mi madre, y ninguna sirvienta la resiste ya. No le duran. Le entra un genio de los mil demonios y les grita cosas horribles. Las acusa de ladronas, de robarle la comida, la ropa, ¡el papel de baño! Yo pienso que es el principio de una demencia senil. Hay tardes en las que decide limpiar sus alhajas, que ya no luce, una por una y con el jabón de

vajillas. “Es más barato”, se defiende ella, y así se queda, dormida sobre la mesa del comedor con aquel centenar de joyas a medio lustrar con cotonetes y Don Máximo a sabiendas de que ya nunca las lucirá. Qué triste, ¿verdad, doctor?

—No sé.

—Ella es la que debería venir a consulta con usted; no yo.

—¿Qué edad tiene ella? Su madre.

—Ochenta y siete, recién cumplidos, pero la estoy perdiendo, doctor. No sé qué haré si me quedo sin ella; ella que nomás de verme comienza a soltar reproches e insensateces hasta quedar afónica. Ningún mexicano puede sobrevivir sin su madre, ¿no cree usted? Tener o no tener madre, se lo decía, ésa es la cuestión elemental entre nosotros, ¿verdad, doctor?

—La Gran Muralla, licenciado. ¿Sabe qué están haciendo los chinos con ella?

—¿Perdón?

—La Gran Muralla China. La están derribando, licenciado. Están usando las piedras de ese tesoro de la humanidad para construir escuelas y plantas siderúrgicas.

—¿Las piedras de la Muralla? Pero si son... piedras milenarias.

—Licenciado, por Dios, todas las piedras del mundo son milenarias... Han permitido que la nueva barbarie traspase sus baluartes. Yo tampoco tengo madre, licenciado.

—Lo siento mucho.

—No sienta usted nada, licenciado. Es un trauma que supongo superado, pero a los nueve años, aquello fue una tortura inacabable. Lo peor de todo eran los Diez de Mayo.

—Me imagino.

—No se imagine usted nada, y mejor déjeme contarle. Esos Diez de Mayo celebrábamos a la Madre en la figura de mi tía Esther, que era la hermana solterona de mi padre. Recuerdo esos años de insomnio y llanto. Los compañeros de escuela preguntando siempre, con morbo incrementado, “¿Y tu mamá? ¿Dónde está? ¿Por qué no vive con ustedes?”. Y nosotros sin una respuesta certera. Al principio mi hermana y yo inventamos una fórmula que nos duró para varios meses: “Mamá se fue a vivir a Puebla con mi abuelita, que se está muriendo de cáncer”. Después, al año siguiente, repetíamos una frase piadosa que nos funcionó durante un tiempo: “Mi mamá vive en el Vaticano donde ayuda personalmente al Papa”. Más tarde la mentira adoptó un tamiz funesto: “Mi mamá se murió en un accidente de avión en Estados Unidos. Nunca la encontraron”, lo que abría una triple barricada ante la impertinencia de los amigos: Primero lo del accidente de avión, que hacía que mi madre adquiriese prestancia cosmopolita; después lo de que había ocurrido “en Estados Unidos”, que la



William T. Wiley, *The Good and the Grubby Part Strait*, 1985

convertía en víctima heroica de algo que nunca debió haber ocurrido en el país de la perfección, y tercero, que siempre cabía la posibilidad de hallar la aeronave sinistrada, recuperar los cadáveres y darle, algún día, cristiana sepultura a Alegría Campero.

—¿Así se llamaba su madre?

—Y pregunta usted bien, licenciado Escudero, en respetuoso copretérito. Sí, “se llamaba”, porque a partir de aquel 12 de noviembre de 1961 fuimos unos huérfanos en creciente agonía. Mamá nos dejó, pero también abandonó a mi padre. Fuimos, como usted dice, dos niños mexicanos sumidos en el peor de los infiernos, ¿verdad? Fue como si se hubiera suicidado ante nosotros, es decir, como si se hubiese prendido fuego ahí mismo, en el patio de la casa. Algo que nunca olvidamos. Muy pronto pasé de la añoranza al odio. Lloré a mi madre durante un año, tal vez dos, pero a partir de la Navidad de 1964 aquello se convirtió en un odio creciente. Me imaginaba su muerte... sus posibles muertes, como una secuencia de cine: mamá ahogada en el mar, atropellada por un tranvía, asfixiada al tragar una semilla de mango, mordida por una serpiente venenosa, caída, o empujada desde un precipicio... las peñas del Tepozteco, por ejemplo, electrocutada al cambiar un foco bajo la lluvia, tiroteada inocentemente en un asalto bancario, picada por un alacrán, intoxicada por comer carne descompuesta, desnucada al resbalar en una escalera, comida por un tiburón en las playas de Veracruz, infartada, muerta de tuberculosis, de diabetes, de meningitis. Hasta inventé una serie de historias ilustradas. Era un cuaderno escolar donde fui dibujando esos episodios matricidas. “Mamá ahorcada”, “mamá fulminada por un rayo”, “mamá mordida por un perro rabioso”, y lo peor de todo, que ella aparecía siempre sonriente, hermosa como era, con esa luz inmerecida que mostraba en las fotografías infantiles. Es decir, en los años en que permaneció en casa. Una tarde Susana descubrió mi cuaderno de dibujos y se alarmó. Ella tendría trece años, yo once, y me preguntó si no me estaría volviendo loco. Así: “volviendo loco”. Y para demostrarle que no accedí a que juntos quemáramos aquel cuaderno y sus terríficas escenas. Ella fue quien sugirió a papá que me llevaran al psicólogo, un tal doctor Quiroz, Rafael Quiroz, igualito que Drácula, y de aquellas cuatro o cinco consultas me nació el amor por este oficio que...

—¿Qué fue lo que ocurrió en aquella Navidad de 1965, doctor?

—No. De 1964. Era temprano en Nochebuena. Estábamos Susana y yo envolviendo los regalos que llevaríamos esa noche a la cena en casa de la tía Esther cuando alguien llamó a la puerta. Fui a abrir y ahí estaba un camión de El Puerto de Liverpool entregando regalos. Eran dos bicicletas; una pintada de rosa y con canastilla, para Susana, y otra roja y de carreras para mí. No

había remitente y solamente llevaban dos moños y nuestros nombres. En esa grafía, *Torco*, pude reconocer la letra de mamá. Quise reconocerla. Susana se alarmó de inmediato porque temió que mi padre la reprendiera... Durante un año mi padre estuvo buscándola por todas partes. Era de dar compasión. Contrató policías, agentes secretos, mandó hacer cientos de copias del retrato de mamá. Lo publicó en varios periódicos. Salió unos días en la tele, pero nada. Un domingo al mediodía mi padre se dio por vencido. Nos dejó en casa, anunciando que iba a los toros, y volvió hasta el martes, apesando a licor. Comenzó a beber, a meter mujeres en casa. Mujeres que... Fueron tiempos divertidos, después de todo. Así que con aquel par de bicicletas, Susana y yo decidimos dos cosas. Una, mentir: diríamos que las habíamos ganado en un concurso escolar. Éramos muy buenos estudiantes. Y dos, que emprenderíamos por nuestra cuenta la búsqueda de mamá; si es que todavía estaba viva. ¿Quién más sino ella podía habernos enviado esos regalos? Fue cuando el profesor Azuara, que era muy estricto, espartano, me invitó a participar: “Torcuato, tienes que superar tu circunstancia con un acto heroico”, me dijo. A eso se reducía todo. *Mi circunstancia*. Así que este profesor Azuara, que usaba siempre corbatitas de moño, puso en mis manos el poema “El primer premio”, de un inspirado autor que ya no recuerdo. Me instó a aprenderlo. No sé si usted lo habrá escuchado alguna vez...

—No; la verdad.

—Es aquel que inicia: “También fue una tarde, del mes de los muertos; también hubo premios en nuestro colegio”...

—O sea que usted era el recitador de clase.

Torch hace una mueca de fastidio. Revisa su bolígrafo. Parece transformarse en aquel lápiz amarillo consumiéndose en el sacapuntas instalado en una esquina del escritorio del profesor Azuara.

—A ver si me sale:

*También fue una tarde,  
del mes de los muertos;  
también hubo premios,  
en nuestro colegio.*

*Inmenso gentío, garboso y apuesto,  
llenó el salón do se daban los premios.  
Y ahí con sus padres, amigos y deudos,  
cien niños charlaban, alegres, contentos,  
y al par recibían caricias y besos.  
A tanta algazara impuso silencio,  
de un timbre argentino, el sonido intenso.  
Leyó el secretario, y el nombre primero  
que oyóse en la sala  
fue el nombre de Alberto.  
Estaba de luto, en señal de duelo,  
ceñía su brazo un lazo negro.*

Con paso inseguro, la vista en el suelo,  
 el niño acercóse a recibir su premio  
 y cuando entre aplausos volvía a su asiento,  
 bañaban dos lágrimas sus ojos de cielo.  
 Acerqueme, y echándole el brazo en el cuello  
 le dije al oído: “¿Qué tienes, Alberto?”.  
 Clavó en mí sus ojos, en llanto deshecho,  
 y un hondo suspiro retumbó en su pecho:  
 “¿Qué tengo, me dices, ¿tú quieres saberlo?  
 Pues oye, Pepito, y guarda secreto:  
 Yo quiero morirme, yo quiero ir al cielo.  
 Yo quiero a mi madre llevar este premio”.  
 Aún vibra en mi ser su trémulo llanto,  
 aún veo su rostro, demudado y yerto.  
 Un mes no hacía, su madre había muerto,  
 su dicha adorada, su vida, su cielo.  
 “Olvida esas cosas”, le dije, haciendo un esfuerzo.  
 “Disfruta tu premio; no caigas enfermo”.  
 “¿Olvidar esa cosas?”, repitió gimiendo.  
 “¡No, no es posible!...  
 esperando sus brazos,  
 soñando sus besos”.

¿Qué noche, Dios mío! ¿Qué noche de invierno!  
 La lluvia caía, bramaban los vientos,  
 y el pobre Albertito, tendido en su lecho,  
 lloraba y luego, sollozando:  
 (formaba en el aire abrazos y besos).  
 “¿Qué buena, qué hermosa...  
 ¿Me llevas al cielo?”.  
 Después vino el médico,  
 y habló de neuralgia, de ataque al cerebro...  
 ¡y de otras mil cosas, que ya no recuerdo!  
 Al toque del alba, voló el niño al cielo,  
 y allá en las alturas, sonaron dos besos.

—“Sonaron dos besos” —repite el licenciado Tomás Escudero, inmutable. Ignora la mano alzada de su analista, ese índice como buscando una estrella nueva sin nombre—. Muy bonito el poema.

—Bonito.

El doctor Haza experimenta una transmutación repentina. Ha dejado de ser aquel niño de trajecito azul tragando saliva ante la explanada escolar. ¿Qué hace ahí junto a ese viejo pudriéndose de ocio y hartazgo? Se muerde el labio inferior, como entonces, para darse ánimo:

—El profesor Azuara me obligó, y me obligué a recitarlo el Día de las Madres. Lo aprendí como se aprende el Padre Nuestro a los seis años, y lo practiqué ante el espejo y en secreto dominándome y dominando la elocución de esas estremecedoras estrofas... “¿Qué tengo?, me dices, ¿tú quieres saberlo?”... Fue un acuerdo cruel que, según el profesor Azuara, haría que superara *mi circunstancia* para siempre. Así que en la ceremonia

de aquel 10 de mayo de 1964 fui presentado como el último participante en el acto de homenaje a las madres ahí presentes... donde estaba, desde luego, la tía Esther. Subí al estrado luego que el jefe de ceremonias me presentara como “el alumno Torcuato Haza, quien en esta fecha no cuenta con la festejada que todos estamos celebrando”, y que recitará la poesía tal del autor que ya no me acuerdo. Es decir, debió decir, “ahora Torcuatito Haza, el más afamado huérfano de esta escuela, nos recitará la poesía que el profesor Azuara le ha obligado a estudiar para que en un ejercicio proyectivo de hipnotismo colectivo olvide y supere, de una vez por todas, su síndrome de niño en abandono”. La ausencia.

—La ausencia, ¿ha dicho?

—Subí al estrado, como un soldado espartano a la espera de las infanterías medas. Así me sentía, aunque sin espada. Comencé la recitación muy bien, extrovertido. Había un murmullo latente en aquel patio repleto de sillas plegadizas donde centenares de madres preguntaban en secreto a sus aburridos hijos: “¿De modo que ése es el compañerito al que abandonó su madre?”. “¿Qué bonito recita!”. “¿Qué valiente”... y así cumplía con mi turno cuando de pronto cometí un error. El error de ceder a la tentación histriónica e identificarme con el sujeto del poema. Es decir, *actuar*. En ese punto volví a ser aquel niño de nueve años en la noche del trauma, y me vino un *black-out*. Un vahído, un relámpago sordo y el desmayo. Caí ante el pie del micrófono, abatido por aquel *ictus* emotivo que nunca le perdonaría al maestro Azuara. Desperté en la enfermería escolar ya no como guerrero espartano sino como un poeta romántico bajo los efectos del ajenjo. Durante algún tiempo así me llamaron en secreto, “Lágrima mórbida”, y fue cuando decidí que lo mío no serían los escenarios a la intemperie ni la palabra a pleno sol. Lo mío sería esto, la penumbra, el rumor de las ratas en las alacenas, la media voz. El estilete drenando el pus de los abscesos de melancolía. La expiación callada de las almas en pena; como la suya, don Tomás. Un confesor cobarde.

—Y luego llegaron las bicicletas de Navidad.

—Sí. Por eso yo, en secreto, comencé ese periodo de odio parricida. Seguramente que por eso fue que nunca acepté las traiciones de amor. ¿Me explico?

—Sí. Explíquese, doctor.

—Es un asunto que tengo más o menos superado. Supongo; je, je.

—No entiendo... ¿se siente usted bien?

—Mis imágenes femeninas, maternas, como podrá usted imaginar, están muy devaluadas. Eso lo trabajé mucho con el analista que me trató durante mi entrenamiento profesional. En fin, ¿no le parece que ha quedado suficientemente explicado?

—Pero cómo... ¿No la encontraron? A su madre, ¿no la encontraron nunca?

—Pareciera cuento de Agatha Christie, ¿verdad, licenciado? Nunca, nunca... Bueno. Una vez alguien dijo, un compañero de oficina de papá, que creyó haberla visto, o reconocido, en Houston. Pero ya habían pasado muchos años y fue cuando papá murió, o lo... Su madre de usted, licenciado, ¿desde cuándo presenta ese cuadro paranoide?

—¿Cuál cuadro?

—El que me refería, licenciado. ¿Le roban sus sirvientas? ¿Ella las ha visto o es lo que sospecha? O lo inventa nada más para que usted se interese, se preocupe por ella porque no es lo mismo lo que ocurre en la realidad que lo imaginado, o lo soltado con la lengua simplemente por capricho.

—Supongo que lo inventa, pero no sería raro que le hayan birlado uno que otro reloj, o collar. Ya sabe usted. Por eso procuro estar cerca de ella, atenderla en las noches. Escucharla. Escuchar sus interminables peroratas, aunque mi temor, obviamente, es la muerte.

—Todos habremos de morir, don Tomás. El promedio de vida en este país es de sesenta y siete años. No podemos detener lo inevitable. Su madre muerta y la mía desaparecida para siempre. ¿Qué le parece si fundamos el club de los huerfanitos carcamales?

El licenciado Escudero se lo queda mirando con algo que pareciera estupefacción. ¿Qué le ha ocurrido a su analista, antes tan circunspecto? ¿“Huerfanitos carcamales”? Aquello, de pronto, pareciera una conversación de amigos.

—No. Yo digo de *morir yo*. No ella —el licenciado Escudero hace una pausa. Roto el protocolo, habría que agradecer aquella tregua sin rigor. Un intercambio de opiniones, por lo demás divertido. Diverso—. Si muero yo, ¿quién acompañará a mi madre en la merienda, cuando que no come casi nada y no para de soltar estupideces?

—Búsquele una dama de compañía, pero que sea sorda porque se conoce que debe ser una vieja insostenible escurriendo verborrea. Alguien que esté a su lado aguantando sus majaderías y le avise a usted cuando le dé el último patatús...

—Muy gracioso, doctor —el licenciado Tomás Escudero se ha erguido en el sofá reclinable. Tarda en soltar lo que asoma en su garganta—. ¿Qué? ¿No se le estará zafando la canica, digo, con tantas presiones?

—¿A su madre o a mí, licenciado? Igual que los gánsters de Chicago: lo que yo vendo, licenciado, es seguridad, ¿no se siente usted más seguro desde que decidió...

—Los gánsters de Chicago... No. Seguridad tengo, doctor. Ésa no es mi desgracia.

—Pues aquí llegó con un severo caso de confusión. ¿Recuerda? La vez que tardó toda una tarde para dar con su casa.

—Mi verdadero problema es que no tengo problemas, doctor. Problemas serios, quiero decir, además de tener una madre de ochenta y siete años que blasfema a la menor provocación. Más que seguridad, lo que usted vende es sosiego. ¿No cree?

—Torcuato Haza, “el vendedor de sosiego a plazos”. No suena mal.

—Un especialista como usted, con todos esos estudios —señala vagamente la docena de títulos y diplomas en el muro—, es un verdadero “salvador de almas”, como en el Nuevo Testamento. A veces lo imagino como el patriarca Moisés, en la cordillera del Sinaí, mostrándonos la Tablas de la Ley.

—No exagere, se lo suplico... El verdadero problema es que hoy murió *Sigmund Freud*, licenciado. Lo eché al basurero.

El licenciado Escudero escurre un vistazo a su reloj. Faltan veinte minutos para que termine la sesión. Cuando llegó la primera vez, seis meses atrás, habló de sus sueños recurrentes luego de aquella tarde extraviado por el barrio y con la llave de casa empuñada. Habló de aquellas pesadillas infantiles, la lluvia interminable que lo arrastraba, el perro que gruñía bajo la cama. Ahora están



William T. Wiley, *Michael Row the Botha Soul*, 1985

hablando de sus respectivas madres y cómo rescatarlas de la vorágine del tiempo. Él, que la padece y la teme perder, y el otro que la perdió y no sabe cómo enterrarla en el olvido. Y encima *vende sosiego* para que sus pacientes no rueden hacia los precipicios de la demencia.

—Insisto, doctor, todos vendemos algo.

—Perdón, ¿qué me dice?

—Mercancías o magia, pan o ilusiones; todos vendemos algo para sobrevivir. Palabras, chocolates, pero fundamentalmente tiempo y aire, doctor, como las tarifas de los teléfonos celulares. Tiempo y aire. Durante años fui asesor de la Secretaría de Hacienda. Me citaban frecuentemente para exponerme los planes de financiamiento y de gasto corriente... en fin. Yo, como usted, cobraba por escuchar porque mis opiniones les valían una pura y regalada chingada, doctor. Y disculpando.

—Todo el mundo vende algo. Tiene usted razón, don Tomás. Durante años mi padre vendió, para su tranquilidad, una frase hermosa, pero ni con eso.

—Su padre; una frase... ¿Qué frase?

—“Alegría en Europa”.

—¿Y eso?

—¿No se lo conté? Poco antes del abandono mi madre hizo un viaje a Europa... su primer viaje en aquellos *tours* que anunciaban en las revistas. Quince ciudades en veintiún días. Luego regresó muy jovial; nos cantaba

todo el tiempo una melodía medio rara: ... *Un gelato al limon, gelato al limon, gelato al limon; sprofondati in fondo a una città, un gelato al limon...* ¿Nunca la oyó?

—No, no creo.

—Luego de su huida era lo que mi padre respondía a sus amistades apenas percibir que la conversación se iba poniendo impertinente. “¿Alegría?, sigue en Europa”... porque así se llamaba mi madre. “Volverá en unas semanas”, insistía él, y así sobrevivió un año, hasta que se volvió una frase absurda, insostenible. La dimos por muerta siete años después, con notario público y el acta de presumible defunción obsequiada por el Poder Judicial. Una madre muerta que con el paso del tiempo iba muriendo más y más. La rematabamos con los años y yo disfrutaba imaginando su muerte multiplicándose; ya se lo decía. No se lo deseo ni a mis enemigos, don Tomás. Ni a ellos. Luego le vino un periodo terrible a mi padre. Hasta que lo mataron.

—¿Mataron a su padre?

—Licenciado Escudero. Creo que daremos por terminada la consulta de hoy. Cuide usted a su madre y...

—se inclina, rebusca en la gaveta del escritorio— y déle estos Equaniles de mi parte. El meprobamato, según los reportes clínicos, no tiene efectos secundarios ni crea hábito. Una pastilla antes de acostarse, y nos vemos... ¿en dos semanas? **U**



William T. Wiley, *Evolution, the Eclipse & the Devils in Kansas*, 1999